

En el atardecer del siglo XX

Keynes, el racionalista

EN EL FOLKLORE MARXISTA, KEYNES SALVÓ AL CAPITALISMO DEL DESTINO QUE MARX HABÍA PRONOSTICADO. PERO SU INFLUENCIA HACE QUE EL SISTEMA ECONÓMICO MUESTRE EN SUS CIMIENTOS INQUIETANTES GRIETAS.

Por Ramón Díaz

Keynes llamaba al oro "religión bárbara", en su carácter de patrón monetario, y veía las políticas de ajuste que el patrón oro había implicado antes de la Primera Guerra Mundial en términos de sacrificios humanos a un falso dios. Llegó a sugerir que aquella guerra podría justificarse si terminaba con sus altares. "Si una de las consecuencias de la presente lucha -escribía en diciembre de 1914- resulta ser que el oro sea por fin depuesto de su control despótico sobre nosotros y reducido a la posición de un gobernante constitucional, un nuevo capítulo de la historia se habrá abierto".

Lo que sigue en el mismo artículo es una expresión cabal del racionalismo a que el título alude: "el hombre habrá dado otro paso hacia el logro del auto gobierno y hacia el poder de controlar su suerte conforme a sus propios deseos".

El racionalista no cree que el pasado acote los actos posibles del hombre. "Cada generación, -escribe Micheal Oakeshott- aún más, cada administración, debe ver extenderse ante sí la hoja en blanco de las posibilidades infinitas. "Keynes era enfático en rechazar las cortapisas de la herencia cultural. Recordando su vida estudiantil en el Cambridge prebélico, y a la constelación de jóvenes que con él rodeaba al filósofo

La "curva de Phillips", que plasmaba esa relación negativa y llegó a ser el emblema de su política económica, empezó desdibujándose en los hechos y terminó apuntando hacia una relación que combinaba niveles mayores de gasto e inflación con una tasa de desempleo también creciente.

De modo que en todos los aspectos directamente referidos a la economía, tanto en teoría como en política, el episodio keynesiano ha pasado. Pero de él queda un legado claro en una variedad de aspectos.

En primer término, en el nivel de gasto. Por más que sería inexacto e injusto cargar todo el fenómeno en la cuenta de Keynes, el hecho es que a partir del predominio de su influencia él se vuelve arrollador. En Gran Bretaña, la relación entre gasto público y producto nacional

bruto bajó 11% en 1840, y después continuó aproximadamente a ese nivel hasta 1914. Después de la Segunda Guerra Mundial

nunca bajó del 41-42% y a mediados de la década de los 70 se acercó al 60%. Luego nunca descendió del 50%. En Europa, en general las cifras son semejantes y en Estados Unidos algo menores, pero el perfil del cambio es análogo.

Con la inflación, en Gran Bretaña luego de llegar a 36% en doce meses a junio de 1976 y a dos dígitos en Estados Unidos a mediados de la misma década, sus tasas han bajado, pero nunca han regresado a los niveles del patrón oro. Sobre todo, los períodos de baja de precios han desaparecido. Entre 1815 y 1914 la tendencia mundial de los precios fue de -0,5% al año.

Ahora se considera un éxito tener una inflación del 3%, pero eso significa la duplicación del nivel de precios (100% de inflación) en 23 años. El proceso de envile-

cimiento de la moneda no cesa nunca.

En 1971, por primera vez en la historia de la moneda, cercana en extensión a tres milenios, el mundo se quedó con una moneda de papel y la consiguiente inseguridad de los mercados de capital, lo que significa una tasa real de interés alta a través del ciclo económico, a la vez que altamente variable. Sin sistema monetario, los tipos de cambio fluctúan frenéticamente, y su danza desafía hasta ahora con éxito los esfuerzos de los economistas para desentrañar sus leyes.

En la mayor parte del mundo el desempleo se mantiene sostenidamente alto y sin miras de descender, y las tasas de crecimiento real nunca han vuelto a ser las que conocimos en tiempos de estabilidad monetaria.

Forma parte del folklore marxista la tesis de que Keynes salvó al capitalismo del destino que Marx le había pronosticado. El hecho concreto es que la influencia de

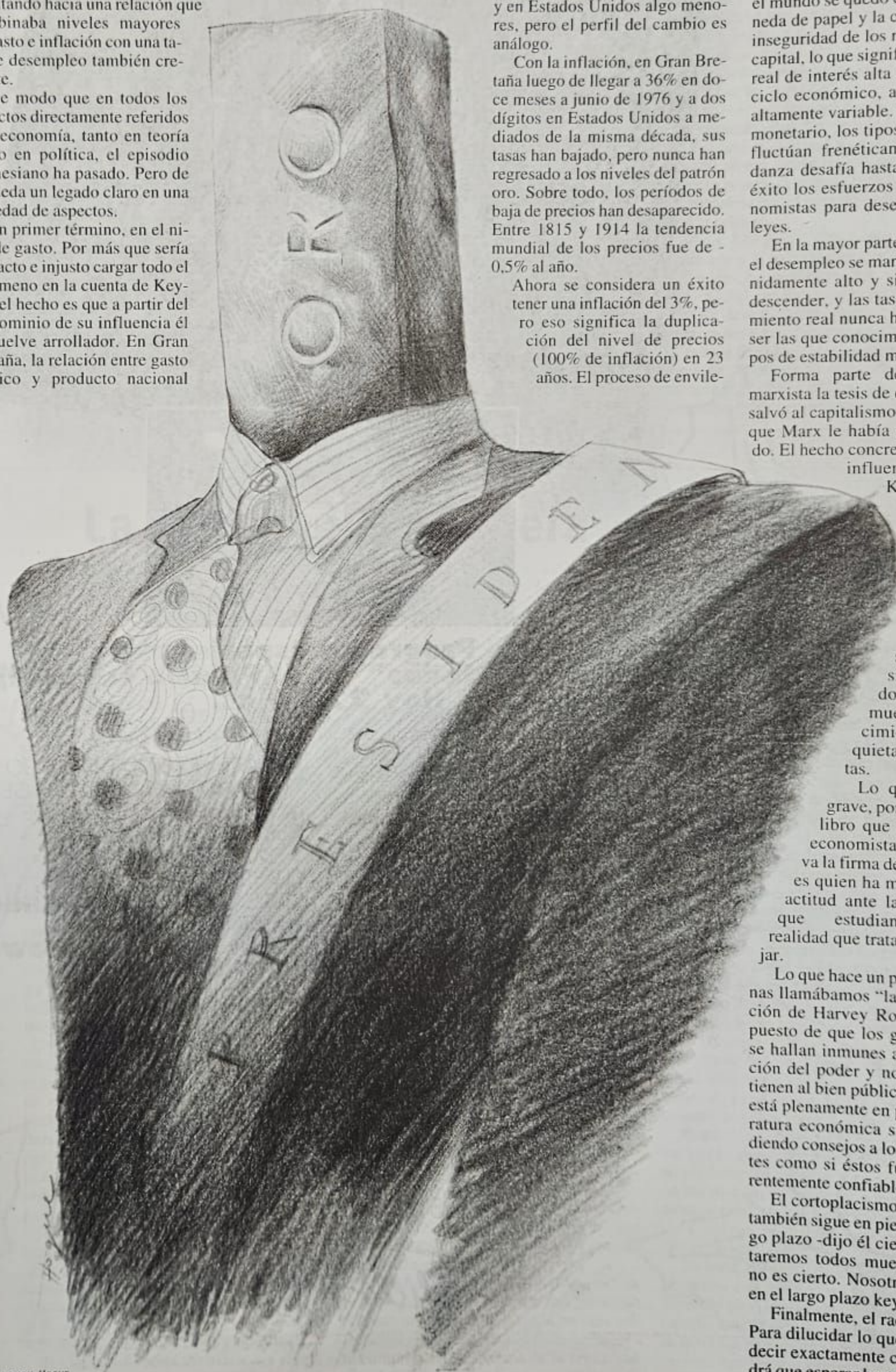
Keynes hace que el sistema económico que el siglo XX se apresta a entregar a su sucesor, sin haber sido derribado, muestre en sus cimientos inquietantes grietas.

Lo que es más grave, por más que el libro que aplican los economistas ya no lleva la firma de Keynes, él es quien ha moldeado su actitud ante la disciplina que estudian y la realidad que tratan de manejar.

Lo que hace un par de semanas llamábamos "la presuposición de Harvey Road" -el supuesto de que los gobernantes se hallan inmunes a la corrupción del poder y normalmente tienen al bien público por meta- está plenamente en pie. La literatura económica sigue difundiendo consejos a los gobernantes como si éstos fueran inherentemente confiables.

El cortoplacismo de Keynes también sigue en pie. "En el largo plazo -dijo él cierta vez- estaremos todos muertos". Pero no es cierto. Nosotros vivimos en el largo plazo keynesiano.

Finalmente, el racionalismo. Para dilucidar lo que queremos decir exactamente con eso tendrá que esperar hasta una próxima ocasión.



ILUSTRACION: HOGUE

EL CORTOPLACISMO DE
KEYNES SIGUE EN PIE,
PERO NOSOTROS
VIVIMOS EN EL LARGO
PLAZO KEYNESIANO

G.E. Moore, en 1938 escribía: "Repudiábamos enteramente toda responsabilidad personal en cuanto a obedecer reglas generales. Repudiábamos enteramente la moral establecida, las convenciones y el saber tradicional. Eramos, en una palabra, en el sentido estricto de la palabra, inmorales". En lo esencial permaneció siempre fiel a ese credo.

La inserción de esta actitud vital en el quehacer de los economistas luce que será la parte más duradera de la influencia de Keynes. El prestigio de su legado específicamente económico se opacó cuando su sistema desembocó en una gran inflación mundial y, lo más grave de todo, cuando se advirtió que el desempleo aumentaba al mismo tiempo, en lugar de hallarse en una relación inversa y previsible, como los keynesianos habían enseñado.